

XVII. DESPOJO

15 de Febrero de 1984

Muy queridos todos en SM:

Hace ya tiempo les escribí sobre la ascesis cristiana. Al distinguir sus aspectos mencioné el despojo. Y éste será el tema e invitación de la presente carta: *despojarnos* del hombre viejo para revestirnos del nuevo (cf. Ef. 4:17–5:20; Col. 2:20–3:17).

Sigo suponiendo, y hay testimonios que convierten la suposición en evidencia, que deseamos ser contemplativos y echar raíces en la fidelidad del amor. Aún es nuestro anhelo vivir en la Inmaculada, en su cálida luz que ilumina y enamora. Queremos ser cada día más personas, más conscientes y libres para poseernos y darnos. Se impone, entonces, que sigamos con perseverancia mariana a Cristo “pobre, humilde y cargado con la cruz” (*Lumen gentium*, 41).

Para evitar que esta carta resulte interminable, tendré que comenzar podándola. El despojo o renuncia relativo a los bienes materiales lo trataré algún otro día, cuando les escriba sobre la pobreza evangélica.

Pero aun así los peligros por exceso son muchos; me impongo otros límites. Bastará entender *el sentido y la importancia de la humildad, abnegación y mortificación*; el resto irá como añadidura. Espero que María me asista en todo momento. Alguna propuesta concreta acompañará a la conclusión.

Podemos considerar la humildad y la abnegación como las dos caras de una moneda; la mortificación sería el canto de la misma. Quiero decirles que las tres van siempre juntas y forman una unidad. De igual modo que en nosotros no hay inteligencia sin voluntad, ni ésta sin afectividad. Distingo por razones de claridad y uno por motivos de realidad. Y vamos sin más a nuestro tema.

1. HUMILDAD

Las enseñanzas de Cristo

La *humildad* ocupa un lugar central en la enseñanza de nuestro Maestro. Jesús, siguiendo y perfeccionando la Escritura, nos repitió hasta el cansancio que el plan de salvación se rige por estos principios:

- Quién se eleva será abajado y quien se abaja será elevado (Mt. 23:12; Mc. 14:11; 18:14).
- Los primeros serán los últimos y los últimos serán primeros (Mt. 19:30; 20:16; Mc. 10:31; Lc. 13:30).
- El que se hace pequeño ante Dios es grande en el reino de los cielos (Mt. 18:1-4; Lc. 9:46-48).
- “Dios da su gracia a los humildes y resiste a los orgullosos” (Prov. 3:34; Sant. 4:6-10; I Ped. 5:5-6).

Cristo, el Humilde

La *importancia* de la humildad salta a la vista de todo aquel que oye al Maestro decir: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29); o, con otras palabras: *Aprended de mí que soy sereno y bondadoso con los hombres, pues me reconozco entrañable y sinceramente pobre y pequeño ante Dios.*

Jesús se *reconocía* tal como el Padre lo *conocía*. Por eso el día de su bautismo sonó aquella voz del cielo que proclamó: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt. 3:17). Palabras que volvieron a resonar aquel otro día en que Jesús se “transfiguró” delante de Pedro, Santiago y Juan: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, ¡escuchadlo!” (Mt. 17:1-8).

Se nos invita a escuchar, imitar y tener los mismos sentimientos de Jesús el Cristo. Él, siendo de condición divina, se anonadó y vació de sí mismo tomando condición de siervo. Y aun más, se rebajó hasta morir, por obediencia, como un maldito, muerte de cruz. Por eso fue exaltado, recibió un nombre que está sobre todo nombre, y todos lo adoramos y confesamos Señor (Flp. 2:5-11; Gál. 3:13).

María, la humilde servidora de Dios y del prójimo

María, la madre, siguió de cerca los pasos de su hijo. Supo que Dios había puesto los ojos en su *humilde situación de esclava*. Sintióse engrandecida por Dios, lo engrandece con toda la fuerza de su alma. Nosotros, hoy y siempre, la proclamamos bienaventurada y, con ella, cantamos: ¡exaltó a los humildes! María cantó y, durante unos tres meses, en casa de Isabel, con idéntico gozo, sirvió (Lc. 1:46-56).

No en vano la primera dicha o bienaventuranza según Mateo se refiere a los *pobres de espíritu*, es decir, a los *humildes*. Y la segunda extiende la primera hasta el prójimo: bienaventurados los mansos... que al ser abofeteados en una mejilla ofrecen la otra (Mt. 5:3-4, 39).

La humildad respecto del Padre, al igual que el amor, se comprueba en la humildad hacia los hermanos. *El humilde es servicial*, sigue los pasos del Maestro que, para darnos ejemplo, lavó los pies a sus discípulos, aunque sabía muy bien que el esclavo no es más que su amo (Jn. 13:1-17). Pero es que sólo hay una manera de ser primero y grande en el reino de los cielos: hacerse esclavo y siervo de todos, tal como Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir (Mc. 10:41-45; cf. Lc. 22:26-27; Mt. 20:27-28).

En fin, no lo podemos dudar, la humildad es importante, ¡de ella depende nuestra salvación! Las dudas, por lo general, están en otro lugar: ¿qué significa ser humilde?

Humildad y autoconocimiento

El *sentido* de la humildad no es siempre bien entendido. La misma palabra nos ofrece una pista para una recta comprensión: humildad proviene de *humus*, que significa tierra o suelo; por eso, el hombre (*homo*), tomado de la tierra (*humus*), cuando se reconoce tal cual es, es humilde (*humilis*). Me parece que en esto andaba pensando San Agustín cuando exhortaba:

“Dios se hizo hombre, y tú, hombre, reconoce que eres hombre; toda tu humildad consiste en reconocer lo que eres” (*Sobre San Juan*, 25:16).

Es decir, la persona humilde es aquella que está bien enraizada, que tiene los pies bien plantados en su propia tierra, que está firmemente parada sobre su propia realidad o verdad. El orgulloso, por el contrario, se apoya en la irrealidad de su propia falsedad, por eso carece de fundamento, vive en el aire, es un mentiroso. Según aquel santo y famoso orador, Juan Crisóstomo, “el orgulloso es aquel que entre todos más se desconoce a sí mismo” (*Sobre San Mateo*, 25:4).

Sin autoconocimiento y verdad no puede existir la humildad. No he dicho nada nuevo. Escuchemos la voz de los clásicos.

La humildad y los grandes espirituales

Veamos una selección cronológica de nuestros padres y madres en la humildad y su práctica sincera:

“A ti no se te manda: ‘Sé menos de lo que eres’; sino: ‘Conoce lo que eres’. Conócete flaco, conócete hombre, conócete pecador. Conoce que él es quien justifica. Conoce que estás mancillado... No hay otro camino para buscar y hallar la verdad que el que ha sido trazado por él...; y digo que el primer camino es la humildad, y el segundo, la humildad, y el tercero, la humildad” (San Agustín, *Sermón* 137:4; *Carta* 118:22).

“La humildad podría definirse así: es una virtud que incita al hombre a menospreciarse ante la clara verdad de su propio conocimiento” (San Bernardo, *Sobre los grados de humildad y soberbia*, I:2).

“En el conocimiento de ti te humillarás al descubrir que por ti no eres y que tu ser proviene de mí, que os he querido antes que fueseis... La humildad procede del conocimiento que el alma tiene de sí misma y de mi misericordia... Este conocimiento de sí y de mí en sí mismo está plantado en la tierra de la verdadera humildad... La humildad nace del conocimiento y del odio santo de sí, del odio a la propia sensualidad” (Santa Catalina, *El diálogo*, IV; IX; X; LXIII).

“Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante –a mi parecer sin considerarlo, sino de presto– esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más la suma Verdad, porque anda en ella. Plegue a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén” (Santa Teresa, *Moradas sextas*, X:8).

“Me parece que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas... Nunca he obrado como Pilato, que rehusó oír la verdad. Siempre he dicho a Dios: ¡Oh, Dios mío, quiero escucharos! Respondedme, os lo suplico, cuando humildemente os digo: ¿qué es la verdad? Haced que yo vea las cosas como son; que nada me ofusque... Me parece que siempre he buscado la verdad... Sí, he comprendido la humildad de corazón” (Santa Teresita, *Consejos y recuerdos*, II; *Últimas conversaciones*, 21-VII, 4-VIII y 30-IX).

La enseñanza moderna

La doctrina del magisterio reciente se ubica en esta misma línea; no podía ser de otro modo: en caso contrario, los autores citados no serían clásicos. Para el papa Juan Pablo II la humildad es sumisión creativa a la fuerza de la verdad y del amor (Ángelus del 4-III-79). Y el papa Pablo VI, maestro de mi espíritu, me enseñaba:

“La humildad es aquella virtud relativa a la verdad fundamental de las relaciones religiosas, relativa a la realidad esencial de las cosas que pone en el primer y sumo nivel la existencia de Dios, personal, omnipotente, omnipresente, en el momento que él viene a confrontarse con el hombre. Es la humildad de la Virgen en el Magnificat, que da a la criatura el sentido de sí misma en la total dependencia de Dios, en la desproporción insuperable entre su infinita grandeza y la medida siempre ínfima de quien todo lo debe a Dios, advirtiendo la absoluta necesidad de su providencia, que quiere ser misericordia para nosotros pecadores” (Catequesis del 29-XII-76).

En resumidas cuentas, ¿qué es la humildad? Alguien dijo: *La humildad es el reconocimiento teórico y práctico de nuestra condición de creatura.*

Otro agregó: *Es la verdad sobre nuestras relaciones con Dios, reconocida por la inteligencia, aceptada por la voluntad y llevada a la práctica durante toda la vida.*

Yo concluyo: *La humildad es apertura y respuesta al amor tal como soy; ella nos despoja de toda mentira y nos reviste con la verdad del amor.*

Nuestra verdad, en el equilibrio de una paradoja

Pero, ¿quién soy ante Dios? ¡Él lo sabe mejor que nadie! Lo que conozco de mí, otros, más humildes, lo ven con mayor claridad en sí. ¿Qué soy ante los ojos de la suma Verdad? Somos:

- *Imágenes de Dios*, creados a semejanza suya (cf. Gén. 1:25-27; Sal. 8:5-6).
- *Creaturas limitadas*, insignificantes, nada (cf. Sant. 4:14; I Cor. 4:7; Sal.39:6-7,12).
- *Pecadores*, orgullosos, egoístas, viciosos y sensuales (cf. Sal. 14:1-2; Rom. 11:32).
- *Hijos agraciados*, salvados, recreados, divinizados (cf. Gál. 4:6; II Ped. 1:4).
- *Incapaces* de todo en el orden de la gracia (cf. Jn. 15:5; I Cor. 4:7; 15:10).
- *Familia de Dios*, Cuerpo de Cristo, Iglesia de hermanos (cf. Col. 3:12-15; Rom. 12:3-13).

Estas seis verdades constituyen la humildad. Yendo siempre juntas impiden pecar por exceso o por defecto, permiten ser magnánimamente humilde. La nada, el pecado y la incapacidad radical para lo divino serían insufribles sin la semejanza, la filiación y la fraternidad; y, a la inversa, éstas serían mentiras sin aquéllos.

Esto nos permite comprender correctamente a los santos. Por ejemplo, cuando Bernardo de Claraval equipara la humildad con el autodesprecio, la está considerando desde la perspectiva del pecado. Pero por cierto no ignora que “el alma es capaz de aquel a cuya imagen ha sido creada” (*Sermón en la dedicación de la iglesia*, II:2). Por eso exclama: “¡Qué gran cosa es el hombre!” (*Sermón sobre el salmo noventa*, XIV:1).

Teresita, la carmela, que desaba verse pisada y olvidada como un granito de arena, expresó a las mil maravillas las paradojas de la humildad:

“Soy la más pequeña de las criaturas, conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto gustan los corazones nobles y generosos de hacer el bien...” (*Manuscritos autobiográficos*, “B”, XI:16).

“La santidad consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre” (*Últimas conversaciones*, 3-VIII).

Soberbia y humildad contrastadas

Si aún deseamos mayor claridad, podemos recurrir nuevamente a la *ley de los contrastes*. La soberbia u orgullo, por oposición, nos esclarecen el sentido de la humildad. Escuchemos otra vez a San Bernardo:

“La soberbia de la mente es esa viga enorme y gruesa en el ojo, que por su cariz de enormidad vana e hinchada, no real ni sólida, oscurece el ojo de la mente y oscurece la verdad. Si llega a ocupar tu mente, ya no podrás verte ni sentir de ti tal como eres o puedes ser, sino tal como te

quieres, tal como piensas que eres o tal como esperas llegar a ser. ¿Qué otra cosa es la soberbia, sino, como la define un santo, el amor del propio prestigio? Moviéndonos en el polo opuesto, podemos afirmar que la humildad es el desprecio del propio prestigio” (*Sobre los grados de humildad y soberbia*, IV: 14).

Pero veamos este contraste al vivo. Nada más ilustrativo que aquellos dos hombres que subieron al templo a orar; el fariseo, celoso cumplidor de la ley, y el despreciado publicano recaudador de impuestos (Lc. 18:9-14). Mediten el relato y vean si no son verdad estos dos paralelos:

EL FARISEO

- Reza de pie
- Se ha ubicado al frente, delante del publicano
- Se juzga justo y juzga injustos a los otros
- Presenta a Dios su justicia
- Está centrado en sí mismo: se ama
- Se ensalza y es humillado: no fue justificado

EL PUBLICANO

- Reza con los ojos bajos y se golpea el pecho
- Se ha quedado atrás, detrás del fariseo
- Se juzga pecador y no juzga al prójimo
- Presenta a Dios su pecado.
- Está centrado en Dios: lo ama
- Se humilla y es ensalzada: fue justificado

Les decía que la humildad es apertura y respuesta a la verdad del amor tal como uno es. El publicano estaba abierto y respondió; amaba, por eso se sentía dependiente, necesitado, pobre; por eso se abajó y fue elevado. El don de la humilde caridad fue la causa de su salvación. “Nada hay más excelso que el camino del amor –decía San Agustín–, y solamente lo recorren los humildes” (*Enarraciones sobre los salmos*, CXLI:7).

Bueno, con todo lo dicho ya no hay peligro de confundir la humildad con algunas de sus *falsificaciones*: el sentimiento de culpa, los complejos de inferioridad y una imagen negativa de sí mismo. Todas estas farsas nos impiden conocernos y aceptarnos según lo que somos. ¡No todo lo que brilla es oro, ni lo que parece humildad es andar en verdad!

Dinamismo de la humildad

A fin de dar un nuevo paso adelante asentemos con firmeza el pie: la humildad es andar en verdad. *Andar*, es decir, moverse, caminar, obrar. La verdad de la humildad es una verdad operante por la caridad. La voluntad acepta la verdad reconocida y actúa según su luz.

Decía San Bernardo: “El culmen de la humildad parece consistir en que nuestra voluntad esté sujeta, como es justo, a la voluntad divina” (*Sermones varios*, XXVI:2). Y Santo Tomás, con lenguaje más escolástico, sentenciaba:

“El conocimiento pertenece a la humildad como norma directiva del apetito, pero ella está esencialmente en el apetito... La humildad, como virtud especial, considera principalmente la sujeción del hombre a Dios, en cuyo honor se humilla sometándose incluso a otros” (*Suma Teológica*, II-II,161,1 ad 5;2).

No nos extraña entonces que cuando San Ignacio describe grados de humildad, presente grados de abnegación (*Ejercicios espirituales*, 164-168).

2. ABNEGACIÓN

...Hacia la abnegación

Y ya estamos contemplando el otro lado de la moneda, la cara de la *abnegación*. Escuchemos nuevamente al Maestro: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc. 9:23; cf. Jn. 12:24-25; 15:1-2).

El *sentido* de la abnegación cristiana es éste: *subordinar el amor a sí mismo al amor a Dios* (Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,26,3). De aquí que la voluntad es el santuario de la abnegación, así como la inteligencia lo es de la humildad. Y *como todo querer es precedido por un conocer, no hay abnegación sin humildad*.

Naturaleza de la abnegación.

Afinemos un poco más. La abnegación consiste en el despojo del egoísmo, voluntad propia o amor propio, que en definitiva es casi todo lo mismo. Veamos, si no.

- El *egoísta* se ama desordenadamente a sí mismo haciendo converger todo hacia él; se convierte así en el centro, en el primero y el único; piensa sólo en sí mismo y busca someter a los demás (cf. Pablo VI, Catequesis del 5-II-75).
- La *voluntad propia* no es común con la de Dios y la de los hombres, sino solamente nuestra; obra para satisfacerse a sí misma y no para agradar a Dios y aprovechar a los otros; sólo busca su propio bien con exclusión de los demás (cf. San Bernardo, *Sermón en la resurrección*, III:3; II:8).
- El *amor propio* es un amor desordenado, volitivo y afectivo, que lleva a buscar el bien propio sin subordinación al querer divino y sin relación a los hermanos; ¡es un amor a sí mismo contra sí mismo! (cf. Máximo el Confesor, *Preguntas a Talasio*, prefacio).

La abnegación, en definitiva, combate y nos despoja de ese querer independiente del de Dios; o, peor aún, opuesto a Dios.

El que se niega a sí mismo, además, se embarca en una “clasificación jerárquica de los bienes” y se compromete a realizar “una opción por la mejor parte” (Pablo VI Catequesis del 11-III-70). Es decir, la abnegación pone orden en el amor (cf. San Bernardo, *Sermón sobre el Cantar*, XL:5-8; L).

Abnegación y amor de sí

Pero, ¿cómo compaginar la abnegación con ese amor a sí mismo del cual nos habla el evangelio (Mt. 22:39)? El amor a sí mismo es abnegado cuando se basa en la verdad del propio valer relacionado con el del prójimo, y cuando tiene a Dios como referencia constante y último fin. Si las cosas son así, no existe ningún problema. Pero, por desgracia, es harto fácil considerar el propio yo como meta final y única de nuestro amor. El amor comienza por casa, ¡pero no ha de terminar en ella!

El egoísmo es algo tan aberrante que prefiero no hablar de él, ni siquiera para que por contraste resalte más la abnegación. Dejemos que se asfixie en su propio encierro. Y que el Señor nos libre, en el último día, de ser contados entre los “amantes de sí mismos” (II Tim. 3:2).

La abnegación se presta también a *falsificaciones*. La falta de decisión, las voluntades desinfladas o poco motivadas, la negación autoimpuesta por causas inconscientes y tantos otros engendros tienen poco que ver con la abnegación auténtica. Para negar la voluntad propia se precisa mucha libertad y una fuerte voluntad. Para amar hay que amarse y negarse.

La abnegación en el crecimiento espiritual

La gracia de la abnegación, al igual que la humildad, es de *importancia* capital. No es un consejo para algunos, sino un precepto para todos. Los santos fallidos son, en la práctica, los que no han terminado de negarse a sí mismos.

Algunas veces la abnegación es una condición previa para el crecimiento en la caridad; otras, es como una consecuencia de la misma. Amando o procurando espacio para el amor, la abnegación está siempre presente. La abnegación libera al amor de la tiranía de lo propio para abrirlo a lo común; permite así amar con gratitud oblativa.

Jesús estaba totalmente abierto a su Padre; podía decir: “Yo y el Padre somos uno” (Jn. 17:11,22). Una sola voluntad hacía de ellos un solo amor. Aún perdura en el aire de los tiempos, como un rocío de sangre, aquel grito tan suyo: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz de dolor; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:39-46).

Si queremos aprender a orar como Jesús nos enseñó, diciendo: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (Mt. 6:10), tendremos que dejar de lado nuestro propio agrado e interés (I Cor. 10:24, 31-33; 13:5; etc.). Así vivió y oró María. Por eso, el día del anuncio pudo decir con toda entereza: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1:38).

Egoísmo = mentira, abnegación = obediencia

Comprenderemos mejor la importancia de la abnegación si caemos en la cuenta de que el egoísmo no sólo se opone al amor, sino que también ciega el juicio de la inteligencia, confundiendo la verdad: el egoísta es siempre un mentiroso. Nada más patético que esta reflexión de Agustín, obispo de Hipona:

“¿Por qué la verdad engendra odio y se tiene por enemigo al siervo de Dios que predica la verdad, siendo así que se ama la vida bienaventurada, que no es sino gozo de la verdad? No es sino porque de tal modo amamos la verdad, que todos los que aman otra cosa quieren que lo que ellos aman sea la verdad; y como no querrían engañarse, tampoco quieren que se les convenza de que están engañados. Odian, pues, la verdad, por razón de las cosas que aman como si fuesen la verdad...; la aman cuando se les descubre, y la odian cuando los deja al descubierto” (*Confesiones*, X, XXIII:34).

Y además de mentiroso el egoísta es siempre desobediente. Quien obedece niega su voluntad y juicio para afirmar la voluntad y juicio de otro. Saulo de Tarso, el día de su conversión, nos dio un aleccionador ejemplo que el abad de Claraval, con un dejo de nostalgia, presenta así:

“Señor, ¿qué quieres que haga? (preguntó Saulo). Esta es ciertamente la forma de una perfecta conversión... ¡Qué pocos son los que se ajustan a esta forma de perfecta obediencia, que de tal suerte hayan dejado su voluntad propia, que ni tengan ya su propio corazón, y que se pregunten a todas horas, no lo que ellos quieren, sino lo que el Señor quiere...” (*Sermón en la Conversión de San Pablo*, I:6).

Por si alguien no está aún convencido de que la abnegación es importante, lo confronto con el Vasco de Loyola. Nos dice: “Piense cada uno que, tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés” (*Ejercicios espirituales*, 189). Palabras que

podemos entender así: tanto creceremos en la vida del Espíritu cuanto más nos despojemos de todo querer opuesto o no conforme con el de Dios.

3.MORTIFICACION

Del hombre viejo al hombre nuevo

Escuchemos una vez más la palabra ya pronunciada por el Maestro: Si quieres seguirme toma tu cruz de cada día, y sígueme. Y con esto estamos ya en la tercera parte de nuestra carta; en efecto, “tomar la cruz” y “mortificarse” son una misma cosa. La *mortificación* es el canto de esa moneda cuyas caras son la humildad y la abnegación.

La humildad es reconocerse en la verdad de Dios. La abnegación es negarse por amor y para amar. *La mortificación es hacer morir la afectividad desordenada y los sentidos descarriados*; ella nos despoja de esa lacra que llamamos vicio. El paralelismo que sigue nos ayudará a ubicarnos y a recoger algo de lo anteriormente dicho.

HOMBRE VIEJO

- Orgullo
- Egoísmo
- Vicios

(inteligencia)

(voluntad)

(afectividad y sentidos)

HOMBRE NUEVO

- Humildad
- Abnegación
- Mortificación

El apóstol Pablo usa otro lenguaje, pero en el fondo está diciendo lo mismo. A los cristianos de Galacia les escribe: “Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y apetencias”, pues “la carne tiene apetencias contrarias al espíritu”. Y las obras de la carne son bien conocidas: fornicación, libertinaje, idolatría, odios, celos, ira, embriagueces, orgías... (Gál. 5:17, 19-21,24,26).

Crucificar la carne con sus pasiones y apetencias es equivalente a “mortificar los miembros terrenos” o actitudes mundanas (Col. 3:5), “hacer morir las obras del cuerpo” (Rom. 8:13), “no vivir según las pasiones” (IPed. 4:1-3). En otros términos aunque no muy diferentes: “no dar satisfacción a las apetencias de la carne” (Gál. 5:16).

Los vicios, una descripción

La tradición ascética cristiana, por su parte, nos enseñó a hablar de *vicios*, llamándolos también: pasiones, apetitos, voluntades, demonios, espíritus, pensamientos apasionados, pecados capitales. Todos ellos nacen y crecen tomando su origen en el orgullo y el egoísmo. Siete de estos vicios fueron pronto reconocidos como cabezas de otros muchos. Se trata siempre de impresiones sensibles que tienden a esclavizar la voluntad y la inteligencia a fin de alcanzar un ciego y loco placer.

No nos será difícil reconocer que estos vicios cabalgan sobre tendencias naturales; son vicios pues desordenan por exceso o defecto dichas tendencias. El predominio de uno u otro puede explicarse por muchas causas; entre ellas, por los diferentes temperamentos y caracteres de cada uno: ¡mi temperamento colérico me predispone a la ira! Las virtudes que se les oponen, vivificadas por la caridad, comienzan por debilitarlos y terminan dándoles muerte.

Evagrio Póntico, Casiano, San Gregorio Magno, San Juan Climaco, San Juan de la Cruz y tantísimos otros han sido maestros eximios en el arte de combatir los vicios capitales. Que el papa Gregorio Magno tome la palabra y nos los presente:

“La raíz de todos los males es la soberbia... Sus primeras hijas son los siete vicios principales, los cuales se producen de esta ponzoñosa raíz. Ellos son: vanagloria, envidia, ira, tristeza, avaricia, gula y lujuria” (*Morales*, XXX:87).

No es ahora el momento de escribir un tratado sobre cada uno de estos vicios. Bastará precisar el sentido de cada uno y, en algunos casos, agregar dos o tres palabras explicativas.

- *Vanagloria*: Es esa tendencia desordenada a la propia alabanza sin mérito donde apoyarla o sin ordenarla a su propio fin. Es vana la gloria que se tributa a lo que no tenemos, a lo que existe en nosotros, pero que no es nuestro, o a la que tenemos y realmente nos pertenece, pero sin mérito alguno para recibir tal gloria. La gloria que se recibe de las cosas fútiles se llama vana, necia y tonta. Sigamos escuchando a Francisco, obispo de Ginebra: “Cuando el pavo real abre en abanico su cola para hacerse ver, al levantar sus más hermosas plumas, se le erizan las otras, y deja ver aquella parte que tiene menos noble...” (*Introducción a la vida devota*, III,IV). La inseguridad en uno mismo suele ser tobogán hacia este vicio.
- *Envidia*: Es la tristeza o pesar por el bien ajeno en cuanto que rebaja nuestra propia excelencia; en sus extremos llega hasta el gozo por el mal ajeno. “Quita la envidia, nos dice San Agustín, y será tuyo lo que yo tengo; quita de mí la envidia y será mío lo que tú posees; la envidia separa, la caridad une” (*Sobre San Juan*, 32:7). Nuestros complejos de inferioridad son tierra abonada para que retoñe la envidia.
- *Ira*: Ebullición de la irascibilidad frente a un obstáculo que impide el logro de un fin. Comienza por la impaciencia y puede llegar hasta la venganza, pasando por la amenaza, violencia, furia y odio. Un colérico que alcanzó sublime mansedumbre, aconsejaba: “Es preferible aprender a vivir sin cólera que querer usar de ella aunque moderada y sabiamente...; por poco que se le conceda no tarda en hacerse dueña de la plaza y hace como la serpiente, que introduce todo su cuerpo donde una vez ha logrado meter la cabeza” (*Introducción a la vida devota*, III, VIII).
- *Tristeza*: No cualquier tristeza, sino ese tedio, pereza o acedia ante las cosas espirituales y propios deberes a causa del esfuerzo y molestia que pueden demandarnos. “La mala tristeza turba el alma, siembra la inquietud en ella, produce necios temores, mata el gusto por la oración, embota el entendimiento, priva al alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y abate sus fuerzas; en una palabra, es como un duro invierno que marchita la belleza del paisaje y acobarda a todos los animales, privando al espíritu de suavidad y cerrándolo al desarrollo de todas sus facultades” (*Introducción a la vida devota*, IV, XII). La melancolía y estados depresivos se prestan a ella.
- *Avaricia*: Tendencia desordenada a los bienes materiales; es causa de incontables injusticias sociales. Ya volveremos sobre ella al hablar de la pobreza evangélica.
- *Gula*: Apetito desordenado de comer y beber. Pide comer a cualquier hora, en exceso, con voracidad, manjares exquisitos o refinadamente preparados. “La continua y moderada sobriedad es mejor que la abstinencia forzada y hecha de tarde en tarde” (*Introducción a la vida devota*, III, XXIII). Nuestra misma fisiología nos dice cuándo el comer es algo necesario y ordenado y cuándo no lo es. Cualquiera de nosotros sabe por experiencia que la gula puede responder a una necesidad de autogratificación, depresión o carencia; la comida o bebida substituye aquello que nos falta (cf. San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 210-217).
- *Lujuria*: Entrega a la sensualidad en la dimensión básica del placer sexual. La retomaremos al tratar de la caridad.

La práctica de la mortificación

Hay muchas *formas* de mortificación. *La misma vida*, guiada por la providencia divina, nos ofrece maravillosas oportunidades: enfermedades, ancianidad, fracasos de todo tipo, antipatías y simpatías, privación de satisfacciones, fatigas laborales, problemas familiares, marginación... Todo esto pacientemente asumido purifica hondamente el corazón, y además nos identifica con el Crucificado y nos da parte en su cruz redentora:

“Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción; ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc. 2:33-35).

“A vosotros se os hizo el favor no sólo de creer en Cristo, sino también de padecer por él” (Flp. 1:29, cf. I Ped. 4:13; 2:19-20).

Pero la mortificación implica también privaciones y austeridades *voluntariamente impuestas* por un bien mayor. El ayuno, la abstinencia, las vigiliias, el silencio, la soledad y la continencia sexual son las más comunes (cf. Juan Pablo II, Catequesis del 21-III-79 y 24-X-84). Esta mortificación voluntaria no sólo contribuye a ordenarnos, sino que también nos prepara para los inevitables reveses de la vida. Huelga agregar que todo esto puede también convertirse en un sacrificio asociado al del Señor: “Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (II Cor. 4:10; cf. Gál. 6:17; Col. 1:24).

Hablando de mortificación nos hemos acercado a la *penitencia*. En realidad sólo se diferencian por la motivación. Ayunar para dominarse y ordenarse es mortificación; *ayunar para satisfacer o expiar pecados cometidos es penitencia*. “La verdadera penitencia no puede prescindir nunca de una ascesis que comprenda la mortificación del cuerpo” (Pablo VI, *Paenitemini*, II; cf. San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 82-89).

Recurro ahora a San Juan, el de la Cruz. Le pido algunos *medios prácticos* a fin de mortificar las pasiones desordenadas. Me ofrece sus consejos sin vacilación, me asegura que son “tan provechosos y eficaces como compendiosos”. Presiento que no son para todos, pero con seguridad son útiles para más de uno. Se los comparto tal como se los he oído.

- En primer lugar, ten un gran deseo de imitar a Cristo en todo, meditando su vida y comportándote como él.
- Luego, usa los sentidos externos, vista, oído, olfato, gusto y tacto, al igual que Jesús, para honra y gloria del Padre y no para satisfacerte sólo a ti mismo.
- Por último, domina y pacifica las pasiones contrariándolas, de tal manera que no busques lo más fácil, sabroso, descansado, consolador..., sino lo más dificultoso, desabrido, trabajoso, desconsolador...

Pero ¡atención! nos advierte Juan: conviene que estos consejos los abracen de corazón y procuren conformar la voluntad con ellos; porque, si de corazón los obran, muy en breve vendrán a hallar en ellos gran deleite y consuelo, obrando ordenada y discretamente (*Subida*, I,XIII:2-7; cf. II,VII:1-13; *Cántico*, III:1-10; San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 16, 97).

¿Hace falta volver a decirlo? Sí. En la mortificación, como en todo, lo que importa es el amor. El que ama se mortifica sin lamentos y no repara en el esfuerzo y la fatiga: “El que anda de veras enamorado, luego se deja perder a todo los demás por ganarse más en aquello que ama” (San Juan

de la Cruz, *Cántico*, XXIX:10). “Las cosas que se hacen por amor, se hacen con mayor decisión, agilidad y deleite” (Santo Tomás, *Sobre la caridad*, 2).

Actualidad de la mortificación

Quizás alguno pueda opinar que la mortificación fue necesaria en otras épocas, pero que carece de importancia en la nuestra. Siempre ha habido y habrá gente que vive “como enemiga de la cruz de Cristo, cuyo final es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria está en sus vergüenzas” (Flp. 3:18-19). El anciano papa Pablo VI, años atrás, nos decía:

“Y que haya necesidad de nuestra simpatía por la cruz de Cristo, nos lo recuerda la tentación, quizás la más agresiva, de nuestro tiempo: el hedonismo. Es decir, el bienestar, la diversión, el placer, el libertinaje, el vicio, elevados al abusivo honor de finalidades primarias de la existencia humana. Hoy, todos queremos no sólo ser felices con la felicidad de la buena conciencia y del duro trabajo, sino felices con el goce de las cosas y del tiempo. Se busca lo fácil, lo sensible, lo agradable, lo instintivo, como expresión ideal de la vida; y, por desgracia, todos podemos ver con qué consecuencias tan degradantes” (Catequesis del 26-XI-75).

Lo que vengo diciendo sobre la mortificación no tiene nada que ver con esos rigorismos que apañan *dolorismos enfermizos*. Dolorismos que buscan el dolor como un fin o para acallar recónditos sentimientos de culpa, lo cual no es sino masoquismo, hedonismo disfrazado o búsqueda de la sensualidad bajo capa de mortificación y ascetismo. El primer síntoma de estas aberraciones suele ser la compulsividad y falta total de medida o discreción.

Consejos prácticos

Y estando ya por dejar el tema de la mortificación, me permito darles algunos *consejos*. Son de cosecha propia y ajena. El valor de los mismos sólo se aprecia en la vivencia ascética de cada día.

- La mortificación ha de estar siempre al servicio de la vida; para lo cual deberá ser proporcionada a las propias fuerzas, progresiva, paciente y continua.
- Será externa e interna, centrada en la subordinación y ordenamiento de los sentidos y afectos, siempre dependiente de la humildad y abnegación.
- La clave es hacer lo que agrada a Dios, ya sea que me agrade a mí o no.
- La mortificación que abraza un dolor voluntariamente impuesto no es en sí misma más salvífica que una consolación abrazada porque proviene del Señor.
- Bajo inspiración de la gracia, para fortalecer y ordenar el amor, y sobre todo en los comienzos del camino espiritual, es aconsejable contrariar discretamente la inclinación natural y privarse aun de cosas buenas.
- El afán de mortificarse que trae angustia y tristeza no proviene de Dios; tampoco es de Dios lo que daña la salud o impide las obligaciones del propio estado.
- Las mortificaciones corporales no han de ser ostentosas, sino secretas; si son fuera de lo común se han de discernir sus motivaciones y han de estar reguladas por la prudencia y el consejo.

- ¡Los santos que fueron imprudentes en la mortificación, fueron santos no por la mortificación indiscreta, sino a pesar de ella!
- La cruz que se arrastra pesa el doble que aquella que con amor se carga.

Un camino mariano de despojo:

Es casi hora de concluir esta carta, larga por demás, aunque podada. Pero no puedo dejar de ofrecerles un posible *camino mariano* de humilde, abnegado y mortificado despojo. Sólo intento presentarles una senda segura, marcada por las huellas de quienes nos han precedido, a fin de que podamos encontrarnos todos juntos en el reino de los cielos. En la tradición podrán ver otras escalas, grados o itinerarios ascéticos (cf. San Benito, *Regla*, VII; San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 164-168).

1. Comencemos, y continuemos siempre, reconociéndonos *creaturas*. Y por esto, sometámonos a los mandamientos del Creador, de tal manera que evitemos todo pecado mortal advertido y deliberado, aunque nos den riquezas infinitas, placeres inimaginables o todo el poder concebible.
2. Confesándonos, además, *pecadores*, obedezcamos a nuestro Padre, de tal forma que rechacemos cualquier pecado venial advertido y deliberado, aunque nos ofrezcan todos los honores o toda la ciencia del mundo.
3. Reconociéndonos *hermanos* de los hijos de Dios y María, y siendo igual para la gloria de ellos y salvación nuestra, procuremos disponibilidad filial y fraterna para servir con prontitud y gozo. Y hagámoslo así aunque prefiramos ser, hacer o poseer esto más que aquello.
4. Viviendo como *hijos* en el Hijo de Dios y María, y siendo igual para gloria de ellos y salvación nuestra, prefiramos abajarnos, ser despreciados y crucificados con él antes que cualquier otro bien. Y hagámoslo así a fin de imitar a María en todo y ser divinamente fecundos.

Les acabo de presentar un camino de despojo. Puedo presentar el camino pero no puedo hacerlos caminar, ¡ni siquiera puedo yo, por mí mismo, dar el más corto paso! La humildad, la abnegación y la mortificación son frutos del Espíritu Santo (cf. Gál. 5:16-25; I Cor. 13:4-7). También puedo, con la ayuda de Teresita, darles un consejo para evitar que el camino del despojo desemboque en nosotros mismos. ¡Que hable la carmelita!

“Me he olvidado de mí misma y he procurado no buscarme en nada... El desprecio tenía para mi corazón algún atractivo, pero, reconociendo que esto era aún demasiado glorioso, me resolví apasionadamente por el olvido” (*Últimas conversaciones*, 3-VIII; *Consejos y recuerdos*, VI).

¿Queremos caminar verdaderamente olvidados de nosotros mismos? Vivamos la alianza con Dios en María.

¿Queremos vivir en la novedad del Espíritu, revestidos con la humildad y el amor oblato de Jesucristo? Vivamos la alianza con Dios en María.

¿Queremos ser contemplativos, hermanos e hijos del único Padre? Vivamos la alianza con Dios en María: que todo nuestro ser, hacer y tener sea en ella y como ella. ¿Conocen una fe, esperanza y amor más despojados y transfigurados que estos?

Todo y siempre en María de San José, con un abrazo grande.

Bernardo